

¿Por qué escribo?

Ramón Illán Bacca

Las preguntas que se formulan generalmente los escritores son: ¿Por qué escribo? Y ¿Para quién escribo? Es frecuente encontrarse con la respuesta: "Escribo para satisfacer mis demonios interiores, mis fantasmas, etc...". Los antiguos no tenían dudas. "Canta oh Musa la cólera del pélida Aquileo" nos dice Homero (en la traducción clásica de Hermosilla).

Pero en esta época de descreimiento general "sorpresas te da la vida", como diría Pedro Navajas en la canción del panameño Rubén Blades. En una encuesta hecha por un periódico francés en 1985 a un número significativo de autores latinoamericanos las respuestas a ¿por qué escribe usted? se dividieron entre las informales como aquellas de: "Escribo para que mis amigos me quieran más" de Gabriel García Márquez, o la trascendente de Ernesto Sábato quien nos dijo: "Escribo para plantear los problemas de la vida y la muerte, del destino, de la esperanza y del sentido de la existencia".

A cuál de las dos posturas adherirse sería otro de los interrogantes.

En este oficio de escritor, los cuestionamientos son múltiples. ¿Cuál debe ser la relación entre los escritores y el poder? Es una pregunta que daría mil respuestas. El poder, no nos equivoquemos, ha sido articulado por unos intelectuales mientras otros han estado en su contra. Pero no voy ahí. El poder ha sido exorcizado en todas sus formas. Y la primer representación del poder es el paterno. Cómo olvidar, y doy otro ejemplo, esa carta angustiada de Kafka a su padre.

Por mi parte debo confesar que la génesis de mi novela *Maracas en la ópera* se dio cuando, como Juez en la Guajira, realizando unas diligencias judiciales, la maestra

del lugar invitó a los miembros de la comisión a un refresco. En la mesa de centro de la modesta salita estaba el retrato de mi padre. Al preguntar que hacía allí don Roque, me contestaron con un: "¿Lo conoce? Es tan buen marido y tan buen padre, lástima que siempre esté afuera en viaje de negocios". Como yo padecía los arranques de severidad paternos, nunca me sentí del todo aliviado sino hasta cuando describí un personaje con su perfil en mi última novela.

¿Y cómo son los exorcismos frente al poder político? "La política es un embrollo de errores y violencia", declara Goethe. Más cercano a nosotros, Gabriel García Márquez habló de la soledad del poder como génesis de su *Otoño del Patriarca* y como lo es de casi todas las novelas que sobre los dictadores han escrito los autores latinoamericanos.

Siempre me han llamado la atención los políticos que no llegaron al poder como Jorge Eliécer Gaitán. Un personaje que ha sido objeto de un montón de libros, más que discutibles, y de novelas pésimas (y que reconozco que por atracción al personaje me los he leído). En una crónica de Gloria Gaitán, su hija, hay un pasaje de cuando el 9 de abril, y en vista de que el gobierno iba a impedir que se sacara el cadáver de Gaitán de la clínica donde yacía, su viuda, junto a un médico amigo, lo arrastró hasta la puerta trasera, salió por la escalerilla de emergencias, quitaron el cadáver de un zorrero muerto de un balazo y en ese carro de mula, en medio de la ciudad incendiada y con gente agitando machetes que pasaban embriagadas y enloquecidas a su lado, atravesaron la ciudad hasta llegar a la casa de él, convertida después en monumento nacional. El nuevo entierro que

se le hizo en estos días, en el que el cadáver —que estaba enterrado en forma horizontal, como es lo acostumbrado—, fue volteado y enterrado en forma vertical para que se convirtiera en semilla, es un tema que está pidiendo a gritos un escritor. En “Fantasma entre las flores”, uno de mis cuentos con Gaitán como personaje, trato de acercarme a esa magnífica veta histórica entre nosotros.

II. ¿Para quién escribo?

En una pasada Feria del Libro, me tocó autografiar mi novela *Maracas en la ópera*, al lado de un periodista famoso. Él vendió el centenar de libros, mientras en las mismas dos horas alcancé a firmar dos. En ese tiempo me formulé una y otra vez la pregunta “¿Para quién escribo?”, me repetí, para consolarme, que la literatura siempre había sido un arte minoritario y que si aspiraba a la popularidad ahí estaban el circo, el deporte, los espectáculos musicales, el cine y la televisión.

De ser un arte minoritario, nos lo dice la misma historia:

Desde la independencia de España nuestros próceres, van a ser en el siglo XIX, los autores y también el público de la literatura. Nuestros prohombres serán políticos, generales, periodistas, poetas y lectores, todo en una.

El historiador británico Malcolm Deas estudió la relación entre gramática y poder. Cómo los presidentes Caro, Núñez, Marroquín, Concha, Suárez y Abadía Méndez, hombres sin grandes fortunas, llegaron al poder cabalgando en su dominio de la gramática. El conocimiento depurado del idioma era una presea necesaria en quienes aspiraban a los grandes cargos.

Si se quería hacer carrera literaria era necesario hacer política. Juan Lozano, que sabía por qué lo decía, escribía en 1944:

“Sucede que en nuestro país la sola actividad intelectual es la política. La política es un mínimo intelectual como la Ley es un mínimo ético y a ella vamos todos los que hubiéramos preferido una carrera humanística. Ni vencedores ni vencidos los intelectuales colombianos podemos vivir fuera de la política”.

Sin embargo, cuando en 1964 una encuesta hecha por *Cromos* reveló que para los colombianos el mejor escritor del país era Gonzalo Arango, el fundador del Nadaísmo, y cuya afición principal era la de escandalizar al país pacato

de la época, nadie se sorprendió. El dato era revelador porque el autor procedía caracterizadamente de la clase media baja y sin relación con la academia y el poder político. El poeta y cuentista tan sólo había publicado dos libros en unas ediciones bastante esmirriadas. Después, con la consolidación del llamado *boom* de la literatura latinoamericana —al cual nosotros hemos aportado el más exitoso de todos sus exponentes, me refiero a Gabriel García Márquez—, se afianzó la presencia de ese escritor de extracción de clase media y algunos de extracción muy popular. No ocupaban puestos de comando en el país y si tenían actividades políticas, en la mayoría de los casos era marginal. Salvo ejemplos muy señalados, de los pocos que tienen venta suelta de libros, los escritores, en su mayoría, no pueden vivir de escribir; no hay sino la salida decorosa del periodismo, la docencia, el trabajo en las editoriales o en las librerías. El campo se ha alargado con el trabajo en las agencias de publicidad, o en el cine y la televisión como guionistas o libretistas. También se consiguen las extras dictando conferencias, corrigiendo enciclopedias, dictando talleres o clases a domicilio.

También constituyéndose en eternos aspirantes a becas y bolsas de mantenimiento, participantes infatigables de todos los concursos anuales de novela y cuento, eternos contradictores a su vez de los fallos en que no han sido favorecidos, reclamantes insomnes ante las editoriales para que cumplan con las bases del concurso y candidatos al estrés en su búsqueda de un editor. Está demás advertir que la mayor parte de los sábados y domingos lo pasan en casa encerrados tratando de terminar la obra que les dará la gloria y la fortuna. A veces —como en mi caso— acorralado por el tocadiscos del vecino que se empecina en hacerme compartir el último éxito vallenato. Y para casi ninguno de nosotros hay lunes de zapatero.

¿Y todo esto para qué? Para llegar al medio libro, que según las estadísticas, se lee por habitante en este país de escasos lectores.

III. Una noticia autobiográfica

Si alguna vez quisiera escribir una autobiografía literaria me referiría a cómo en los años cincuenta mi bachillerato que estuvo lleno de prosa memorizada. De Marco Fidel Suárez me tocó aprenderme textos que el autor había pulido durante veinte años, aprendí poemas patrióticos de Miguel Antonio Caro y se nos decía que la gramática ocupaba el mejor sitio en el campo de las letras. Con el advenimiento del Frente Nacional las cosas mejoraron pero

lentamente. En el Medellín de entonces, donde cursaba mis estudios universitarios, leí por primera vez a Henry Miller en una traducción hecha por Gonzalo Arango, y en las copias de su máquina de escribir. La traducción y publicación de su propio bolsillo de *Sexus* del mismo Miller, hecho por Alberto Upegui Benítez, le ocasionó la persecución de las autoridades que sacaron de los estantes de las librerías los ejemplares, para decomisarlos.

O sea que mi bachillerato y primeros años universitarios los pasé en un "humanismo de sacristía". Nos tocó a los de mi generación ponernos a grandes zancadas en la hora del mundo. En algún momento leíamos a Sartre y Camus, y a Henry Miller, que había escrito en el París de los treinta su *Tropico de Capricornio* y que en el Medellín de los años cincuenta leíamos como una revelación. Al mismo tiempo leíamos a Jack Kerouac *En el camino* y *El arcángel negro*, y todo lo que nos llegaba de los beatnicks norteamericanos. *El aullido* de Allen Ginsberg, lo conocimos vagamente en traducciones de apartes, pero lo hicimos un himno nuestro. A principios de la década del sesenta había periódicos que colocaban con el mismo tipo de letra y en la misma forma destacada los titulares: "Solemne Consagración de la Virgen de Chiquinquirá ayer en Envigado" y "Primer hombre en el espacio". Al final de ella hacíamos eco a la consigna que gritaban los manifestantes en el París del 68: *La imaginación al poder*. A nosotros todo nos llegaba con la turbulencia en las universidades públicas y la publicación de *Cien años de soledad*.

Fui testigo del nacimiento del Nadaísmo y del fervor que despertó la Revolución cubana en sus primeros años. A pesar de tener una moderada simpatía por ambos fenómenos no me salvé de ser expulsado de La Bolivariana, en esa época dirigida por monseñor Félix Henao Botero, quien me calificó de "manzana podrida". Todos estos vaivenes motivaron el que entrara al reino de la necesidad, del que nunca más he vuelto a salir.

En los setenta, y ya establecido del todo en Barranquilla, fui uno de los directores de "El suplemento del Caribe", sin lugar a dudas uno de los más influyentes que ha tenido el país. Después de seis años de forcejeo con las directi-

vas del periódico que nos consideraban demasiado radicales (por la protesta al golpe contra Allende, el júbilo por la muerte de Franco y las viñetas eróticas que reproducíamos), con el pretexto de que habíamos publicado un cuento del dueño del periódico sin autorización, nos echaron. Fue entonces cuando reuní los cuentos que había publicado en el suplemento y saqué un librito, en una esmirriada edición local, con el título de *Marihuana para Goering*, nombre de uno de los cuentos. Esa misma tarde fue embargado el editor y el libro no salió. Tan sólo circularon los que alguien saqueaba y lograba vender a los puestos de libros usados en el Paseo Bolívar. Cuando los veía, me hacía embolar y espiaba la llegada del potencial comprador. Generalmente terminaba comprándolos yo.

Cerrada mi oficina de abogado, y ya en el refugio de la Universidad, pude escribir *Deborah Krue*, un tema de espías y humor. (La última crítica dice que no tengo influencia de Ian Fleming, como otros de mi generación. No sé si debo halagarme). Al final la mandé a concursar en Plaza y Janés. Fue mencionada y publicada en 1990. Ahora sin ejemplares disponibles es fotocopiada.

La Universidad del Norte de Barranquilla me publicó dos libros: *Crónicas casi históricas*, una recopilación de crónicas y artículos periodísticos de los ochenta, que hubiera preferido se hubiera publicado con su primer título: *Entre lo barroco y lo chévere*, pues era más exacto con su contenido. El otro es *Escribir en Barranquilla*, el cual recoge crónicas y artículos referentes al quehacer literario en esa ciudad tan dura y hostil para ese oficio. Me demoré trescientas páginas en demostrarlo.

Con *Maracas en la ópera* me gané el premio Cámara de Comercio de Medellín, en 1996, que no circuló. Ahora, en su segunda edición, espero llegar a los estantes de las librerías.

En las contadas veces que se han ocupado de mi obra, me han clasificado en varias escuelas. Entre ellas —y no salgo de mi asombro— en la de postmodernidad. La verdad es que con mis escasas lecturas sobre el tema no queda muy claro quién viaja en ese vagón y quién no, al parecer yo viajaba sin saberlo.